

P. Vicente Gamarra Calvo, S. I. (Vitoria, Álava, 19/04/1918 – Loyola, Guipúzcoa, 3/10/2017)

Con el sonido de los Auroros, en las fiestas de la Virgen Blanca (Ntra. de las Nieves) de Vitoria y la procesión del amanecer, procesión de los Faroles y Rosario de la Aurora, he querido inspirarme al preparar estas palabras, de la homilía del funeral de Vicente Gamarra Calvo, P. Gamarra o Don Vicente, con todo el respeto del mundo, a este vitoriano de pro, quienes desde los 10 años fuimos alumnos tanto de matemáticas Literatura, como de espiritualidad jesuítica y penitentes en su confesonario, en el colegio de San José de Durango, donde nos abrió a la vida y nos descubrió un mundo de emociones que en su Virgen Blanca dibujaba un sinfín de líneas trazadas al aire de nuestras deseos.

Virgen blanca manantial eres de hermosura,
puro y místico panal de toda dulzura.
Reina y Madre singular, que eres nuestra gloria,
con un júbilo sin par, te aclama Vitoria.

Virgen Santa míranos, misericordiosa;
Madre nuestra escúchanos óyenos piadosa.

Pura y cándida paloma, a tu nido quiero ir,
bajo el ala de tu mano, gustar tu aroma, gozar tu encanto.

Sálvanos Reina y Señora, Virgen Blanca ayúdanos;
ve a tu pueblo que te implora, y en toda hora, defiéndenos.
(Música de Luis Aranburu y letra de Venancio del Val).

(Silencio)

Tras María la Virgen Blanca, la Virgen de las Nieves, pura orfebrería del Dios eternamente joven, solo falta el Padre Dios, el Hijo Dios, el Espíritu de amor, Dios, para recibir el alma de Vicente Gamarra quien a la chita callando, a pesar de su potente voz, pregonada en noches y mañanas en las que el silencio le incitaba a cantar, a despertar sus mientes, en busca de una realización personal plena que tardó un poquito en llegar, siete meses para los cien, pero que se ha fundido en una eternidad en la que no hay tiempo avaro, sino futuro pleno presente, entrelazado en el *“ni ojo vio, ni oído oyó”* paulino que se enreda con el *“no se qué”* teresiano que *“queda balbuciendo”*.

Porque Vicente Gamarra, genio y figura hasta la sepultura, estaba encargado (y esto no deja de ser una pequeña diletancia por mi parte) de apagar las luces, si es que llegase el día en que la Compañía de Jesús mermase tanto el número de sus religiosos y de sus casas que dijese adiós a sus historias pasadas para abrirse al vacío de la ausencia o a la nostalgia de la no-presencia.

El P. Gamarra, cual Pedro apóstol redivivo, guardaba las llaves del Reino en el secreto de su corazón para aguantar tempestades del lago de Genesaret o de Kinneret, y estar dispuesto a echarse al proceloso mar para agarrarse al Maestro y no dejarle marchar, aunque se quedase solo con Él.

Porque ya lo ha dicho Pablo en la primera lectura que hemos escuchado y sentido: *“Si vivimos, vivimos para el Señor; si morimos, morimos para el Señor...”* porque el milagro es *“en la vida y en la muerte somos del Señor”*.

Vicente Gamarra fue una delicioso bucle o ciclo, en términos informáticos, en el que desde la palabra poética o narrativa se deslizaba a los conjuntos numéricos, como esos más 250 decimales del número “Pi” (ya sabéis, desde Arquímedes: 3, 14 15 92 65 35) que más de una vez nos recitaba en clase, no para abrumar, sino para incitarnos a grabarlos en nuestras mentes con ansias de iniciados esotéricos.

Pero todo esto enlazado con el modernista Rubén Darío, el llamado príncipe de las letras castellanas, que en boca de Vicente Gamarra casi nos cantaba el onomatopéyico: *“El pesado balón de la tormenta de monte en monte rebotar se oía”*, sin dejar a un lado, por supuesto, el clásico *La princesa está triste... ¿Qué tendrá la princesa?* Para continuar, alimentando nuestras románticas y adolescentes personas con el ¡Ay!, *la pobre princesa de la boca de rosa quiere ser golondrina, quiere ser mariposa, tener alas ligeras, bajo el cielo volar...*

El P. Vicente Gamarra fue un punto de inflexión de nuestra educación: desde los números abstractos, figuras geométricas o símbolos, hasta la magia de las letras con las que compartimos conocimientos, sentimientos, emociones y vida.

Sí, precisamente, lo que se ha llevado (o le han llevado) a Vicente Gamarra, camino del infinito, camino de las estrellas, donde lo que es, ya no se hace, sino que está, donde lo que se respira, se alimenta y emociona, donde el Dios eternamente joven nos sorprende cada día (de la eternidad) en un sin fin de maravilla, donde los números y las letras ya nos son conceptos sino emociones, sentimientos.

Él, el Jesús que se identifica con el Padre y se emociona con el Espíritu, nos dice que aprendamos de Él porque es tolerante y humilde de corazón y en él, como Vicente Gamarra Calvo, nuestro hermano, nuestro maestro, ha encontrado el descanso para su vida.

Porque ahora sí, ahora lo sabe ya, sin ningún género de dudas: su yugo es suave y su carga ligera.

Virgen Banca de Vitoria, Virgen de las Nieves, ruega por nosotros.

Luis Manuel de la Encina, S.J.
Loyola, 5.10.2017